

Carta desde Inglaterra

El futuro de la edición

Jordi Doce

En las novelas de ciencia-ficción que uno leía de adolescente no aparecía nunca un solo libro. Es un dato que no deja de tener su gracia. Seguidores tal vez de las satisfechas teorías de McLuhan (y en algún caso inspiradores de las mismas), ni el bueno de Asimov ni ese escritorzuelo fascistoide que era Robert Heinlein mostraron jamás a sus personajes lidiando con la página impresa. Sólo Arthur C. Clarke, de civilizado linaje británico, se avenía de vez en cuando a romper la costumbre, e incluso a hacer de un escritor el protagonista de una de sus novelas, como es el caso de la entretenida *Las arenas de Marte*. Por lo general, las únicas lecturas de aquellos personajes eran las instrucciones que aparecían en las pantallas de sus cabinas y tal vez (suprema concesión) algún rollo de papel impreso con mensajes cifrados, que no bien leído era hecho trizas en el vientre helado de la nave. Ya entonces, mucho antes de que el *cyberpunk* pusiera de moda el concepto de realidad virtual, se especulaba en algunos de estos relatos con la posibilidad de proyectar los contenidos de un libro en una pantalla de televisión, o incluso en un visor adaptado al rostro humano. Recuerdo, en particular, un cuento de Asimov que postulaba abiertamente la posibilidad de inyectar información y conocimientos en la mente humana: a los padres sólo se les pedía que administraran aquellas ‘píldoras’ de datos a intervalos regulares, de modo que sus hijos tuvieran tiempo y posibilidad de asimilarlas. Si uno lee de vez en cuando las páginas científicas de los diarios occidentales, comprende que aquel futuro lejano de la ciencia-ficción tradicional está a la vuelta de la esquina, y que muchas de sus fantasías amenazan con instalarse en nuestras vidas, o en las vidas de nuestros hijos, que sólo por serlo prorrogan nuestro presente, amplían el tiempo de la inquietud y la especulación urgente. Ciertamente: muchas de estas noticias de los diarios son a su vez especulaciones, puro *wishful thinking* infectado por el talante aventurero de los Asimov y compañía. Nada queda de aquel viejo escepticismo del hombre de ciencia, que literatos y filósofos adoptaron con estudiosa docilidad. Ahora es el hombre de letras el que asiste con sorpresa a un desbordamiento del entusiasmo científico del que nunca tuvo aviso. Todo es posi-

ble, dicen los expertos, y a su modo tienen razón: su único temor es que un equipo rival se les adelante en el descubrimiento de técnicas o artefactos cuya aparición ha sido anunciada con años e incluso décadas de antelación. Casi imperceptiblemente, la pregunta se ha desplazado del *qué* o el *cómo* a la más inmediata de *cuándo*.

Todo esto viene a cuento porque durante demasiados años se ha venido planteando la relación entre literatura y tecnología en términos de conflicto. Como nuestros entrañables escritores de ciencia-ficción, son muchos los que cayeron en la trampa de pensar que el ascenso de los ordenadores y la tecnología digital haría del libro un objeto tan primitivo como el hacha de sílex. Cegados por el fulgor de la pantalla de televisión, anunciaron el final inminente de la letra impresa y su sustitución por *chips* microscópicos o discos digitales de mareante capacidad. Incurables optimistas, no advirtieron tal vez que la historia de la inventiva humana no es un relato de cortes súbitos sino de superposiciones, de técnicas y objetos que conviven y se complementan: el coche no desterró al tren (aunque sí al coche de caballos); la televisión no eliminó a la radio, ni el vídeo al cine; y el microondas no suplantó al horno tradicional. Desde luego, a poco que lo pensemos, es difícil encontrar un objeto mejor adecuado a su función que un libro: es versátil, fácilmente manejable y transportable, y no necesita de ningún manual de instrucciones —basta con saber leer. A diferencia de un ordenador, no exige contraseñas ni voluminosos complementos. Nada se interpone entre la página impresa y el ojo humano. Como ha afirmado recientemente Brian Lang, director de la British Library, 'el libro es el objeto ideal para una amplia gama de géneros literarios: novela, poesía, obras dramáticas, biografías. Cuando se trata de una lectura lineal y no de consultas intermitentes, lo mejor es la página impresa; los discos son preferibles para labores de detalle y almacenamiento'. Lang repite una certeza compartida por muchos (entre ellos, minoría olvidada, los lectores), pero no todo es tan sencillo. La rapidez con que los sistemas informáticos han ido quedándose obsoletos en el pasado preocupa aún a muchos bibliotecarios, que dudan ante la posibilidad de confiar grandes cantidades de información a un simple CD-Rom. Se recuerda, por ejemplo, que una gran parte de la información del programa lunar de la NASA se encuentra en discos corruptos o incompatibles con los sistemas actuales. Como en el caso del virus del año 2000, la excesiva dependencia de la tecnología implica la existencia de peligros insospechados. Nada envejece tan pronto como la novedad, y nuestros PCs y ordenadores portátiles son pura novedad, eslabón o puente hacia otra cosa: no valen por lo que son, sino por lo que anuncian y anticipan. Los libros, por el contrario, han 'funcionado' igual duran-

te siglos: la operación de abrir sus tapas y pasar las páginas con los dedos es tan antigua que se diría inscrita en nuestro código genético. Pero Lang está en lo cierto: a la hora de almacenar y consultar grandes bloques de información, el ordenador no tiene rival. De ahí que no extrañe el anuncio reciente de los directores de la *Enciclopedia Británica* de convertirse en compañía de Internet: la ingravidez literalmente utópica de la red tiene algo de ideal platónico de aquellos gruesos y distinguidos volúmenes que aún tapiaban las bibliotecas de medio mundo.

No, ya no se discute que el libro tiene futuro, e incluso un futuro halagüeño. Lo urgente ahora es analizar los cambios que sufrirá (que sufre ya) el proceso de producción de ese libro. Y es ahí donde la tecnología digital juega un papel decisivo. En un artículo reciente publicado en el *Times Literary Supplement*, Andrew Malcolm llamaba la atención sobre una práctica editorial que empieza a generalizarse: la impresión bajo demanda de ejemplares individuales de libros agotados. En el Reino Unido ya son cuatro las editoriales (Wiley, Macmillan, Oxford University Press y Cambridge University Press) que han adoptado esta práctica, que permite responder a pedidos ocasionales de un libro cuyo bajo ritmo de ventas no favorece la posibilidad de una reedición. Gracias a los nuevos sistemas de impresión láser (IBM Infoprint y Xerox Docutech, entre otros), es posible producir en apenas dos minutos una copia exacta de un libro de pequeño formato, ya sea a partir de un fichero de ordenador o de una reproducción hecha por *scanner* del libro original. Como explica con cierta sorna Malcolm, 'las páginas resultantes se pueden recortar y encuadernar a la perfección (encoladas) con ayuda de una amplia gama de cubiertas (...) para producir algo parecido a lo que, según la definición habitual de un diccionario, merece el nombre de libro'. La ironía de Malcolm está un poco fuera de lugar: el resultado *es* un libro, por mucho que nos cueste admitirlo, y en algunos casos (como sucede con los ejemplares producidos por Cambridge y Oxford, que se esfuerzan por reproducir el diseño de cubierta original) indistinguible de la edición salida de imprenta.

Como es evidente, no hablamos aquí ya de la un tanto ingenua pretensión de que leamos poemas y novelas en la pantalla del ordenador, sino de la posibilidad de convertir la impresión en una tarea poco menos que doméstica, reduciendo costes y simplificando de manera radical el proceso de producción de un libro. A Andrew Malcolm, como buen inglés acostumbrado a tratar con un mercado literario sólido y saneado, le preocupan las consecuencias económicas de este cambio. Su argumento es que la existencia de copias impresas bajo demanda ha creado un vacío legal que perjudica gravemente a los autores. Al no tener un *status* claramente definido

(no forman parte de la 'primera edición' del libro ni constituyen propiamente una 'reedición' del mismo), su comercialización no se halla regulada por obligaciones contractuales, de modo que las editoriales tienen vía libre para imprimir copias ya vendidas de un libro sin pagar o incluso enterar a sus autores. Además, la existencia de estas copias puede entrar en conflicto con el deseo del autor de reeditar su trabajo con otra compañía. En Inglaterra, por ejemplo, basta un escrito de la editorial confirmando que un libro lleva ocho semanas agotado para que los derechos reviertan automáticamente en el autor. ¿Qué sucedería, pues, si esa misma editorial se negara a reeditar un libro del cual ha hecho ya un número considerable de copias bajo demanda? ¿Podría su autor reclamar lo que le corresponde, o tendría que resignarse a contemplar cómo la editorial hace dinero a costa de un libro en teoría inencontrable?

Las dudas y razonamientos de Malcolm están muy bien, pero nos desvían del verdadero meollo del asunto, que es la modificación del proceso de producción del libro. Y aquí los contables, me temo, volverán a tener la última palabra. Una vez probada la rentabilidad de los libros bajo demanda, que tienen algo de primer paso hacia un futuro de naturaleza incierta, la incorporación de la tecnología digital permitirá no sólo abaratar costes y expulsar del proceso a molestos intermediarios, sino también ajustar el volumen de producción a las demandas del público lector, lo que a su vez reducirá los costes de almacenamiento y el constante peloteo de ejemplares entre librerías, distribuidoras y editoriales. Este abaratamiento general de los costes coincide con otro fenómeno importante: el éxito devorador de librerías virtuales como la ya famosa *Amazon*, cuyas ventas en Inglaterra han empezado a igualar las de gigantes como *Waterstone's* o *Blackwell's*. Así las cosas, no sería de extrañar que las editoriales ampliaran su presencia en la red, estableciendo sus propias librerías virtuales y canales de distribución. Como modelo es atractivo, pues combina dos rasgos muy apreciados por los empresarios: cuestiona el poder de los intermediarios, y reduce el componente de riesgo que hay en toda operación comercial. Esta reducción del riesgo es importante y tiene algunas consecuencias. Como afirma el siempre pugnaz Malcolm, 'gran parte de los derechos asignados por ley a los editores se basan en la premisa de que a la hora de publicar un libro es el editor el que corre con todos los gastos y el que por tanto incurre en un mayor riesgo financiero'. Ahora bien, añade, 'si el papel del editor es simplemente el de apretar un botón a medida que llegan los pedidos, tanto el autor como el legislador pueden cambiar de opinión sobre lo que representa una división justa de los derechos entre autor y editor'. Esto, traducido en plata, significa que los editores habrán de hacer un esfuerzo para

dividir de manera más equitativa sus ganancias: a menor riesgo, menor beneficio. La lógica neoliberal de Andrew Malcolm es impecable (aunque en Inglaterra es lógica que se respira en el ambiente), pero dudo que su limpia simetría le concite muchos admiradores entre las grandes editoriales.

Alguien dirá, juiciosamente, que estoy hablando de un modelo típicamente anglosajón, y ya en una ocasión mencioné las dificultades que puede hallar este modelo en sociedades como la nuestra, acostumbradas al callejeo y el intercambio humano. Por otro lado, los verdaderos lectores, aquellos para quienes la lectura es más que un entretenimiento pasajero o una forma de matar el tiempo (horrible expresión) seguirán buscando en las librerías esas páginas capaces de encender su inteligencia o su asombro. Sin azar no hay búsqueda, y quien sabe de antemano lo que quiere o lo que busca es porque no entiende de sorpresas ni fascinaciones, y ha hecho de la lectura un ejercicio rutinario y previsible, una cacería con las piezas ya marcadas. Sí, algunos seguiremos yendo a las librerías, recorriendo estanterías y mesas de novedades con el afán de costumbre, buscando entre el exceso de páginas alguna que brille y nos haga brillar, pero tal vez no hayamos aceptado aún que las grandes editoriales dependen cada vez menos de lectores como nosotros y buscan al especialista, o al lector de género, o al devorador de esos ruidosos *best-sellers* que se turnan a la velocidad del parpadeo. En un tiempo marcado por el exceso de comodidades, la tecnología digital ofrecerá a las editoriales un nuevo instrumento para aislarnos en nuestros salones. Se hinchará así de manera hiperbólica un espacio único, el del sujeto estático. Podremos pedir cualquier libro por la red, pero cada vez nos costará más saludar al vecino o hablar con el tendero. Ante la hipertrofia autárquica del individuo, lo otro perderá su naturaleza desafiante, la que nos obligaba a tomar conciencia redoblada de nosotros mismos. Los demás, envueltos con las sobras del mundo, se fundirán en un agradable ruido de fondo al otro lado de las ventanas.

Pero no todo han de ser desventajas. Ahora que los grandes grupos editoriales tienden a uniformar las propuestas literarias y a imponer modelos de éxito comercial asegurado, el ascenso de la tecnología digital puede ser el arma ideal para que pequeños grupos de escritores den a conocer su trabajo sin intermediarios, estableciendo un diálogo directo con el lector. Tal vez, como ya sugiriera Octavio Paz en *La otra voz* a propósito de la televisión, el futuro de la vanguardia literaria pase por hacer un uso inteligente de la tecnología, trocando su insignificancia en agilidad y rapidez de movimientos. Provisto de una buena impresora láser y programas adecuados, cualquier escritor con iniciativa puede llegar hoy a un número potencialmente infinito de lectores.

Basta con anunciarse en alguna de las miles de páginas relacionadas con la poesía y la literatura que flotan por los bajíos de la red, y combinar los medios tradicionales de distribución y publicidad (envíos a críticos y librerías señaladas) con la creación de un pequeño grupo de lectores interesados y afines. Ezra Pound decía que a él le bastaba llegar a quince o veinte lectores elegidos: el curso natural de los acontecimientos haría el resto. Claro que entre los lectores de Pound se encontraban gentes de la talla de T. S. Eliot, William Carlos Williams o W. B. Yeats. ¿Podría encontrar nuestro editor cibernético lectores semejantes? Es más que dudoso, pero eso no debería importar demasiado: cada uno tiene los lectores que se merece. Y aunque estamos ante una propuesta optimista y hasta un poco excesiva, tal vez convenga recordar que la historia de la literatura está hecha de excesos encarnados.